

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco,  
coordinadores

# Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad



**FLACSO**  
ECUADOR

© 2014 Flasco Ecuador

Coordinación de la Colección

Pensamiento de Fernando Velasco Abad:

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco.

Coordinación editorial del volumen: Soledad Álvarez Velasco

Edición: Álvaro Campuzano Arteta

Impreso en Ecuador 2014

ISBN: 978-9978-67-428-4

Flasco Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888 Fax: (593-2) 323 7960

[www.flasco.edu.ec](http://www.flasco.edu.ec)

La versión E-book de este volumen contó con el auspicio de la Fundación Rosa Luxemburg con fondos del Ministerio Alemán para la Cooperación Económica y el Desarrollo (BMZ)

# Índice

|  |    |
|--|----|
| <b>Presentación</b> .....                              | ix |
| <i>Soledad Álvarez Velasco y Santiago Ortiz Crespo</i> |    |

## Apertura: el Conejo que necesitamos

|   |   |
|---|---|
| <b>Fernando Velasco: pensamiento y acción</b> ..... | 3 |
| <i>Alejandro Moreano</i>                            |   |

|   |   |
|---|---|
| <b>Fernando Velasco: intelectual y militante.</b> ..... | 9 |
| <i>Enrique Ayala Mora</i>                               |   |

## I. Debates desde la teoría de la dependencia

|  |    |
|--|----|
| Capitalismo dependiente y relaciones de producción en<br><i>Ecuador: subdesarrollo y dependencia</i> de Fernando Velasco ..... | 21 |
| <i>Matari Pierre Manigat</i>   |    |

|   |    |
|---|----|
| “Atrapar una imagen del pasado en un momento de peligro”:<br>recordando y recuperando el marxismo crítico de<br>Fernando Velasco Abad ..... | 33 |
| <i>Agustín Lao Montes</i>   |    |

|   |    |
|---|----|
| Fernando Velasco: entre la teoría de la dependencia<br>y el anuncio de la teoría de la revolución ..... | 43 |
| <i>Patricio Rivas Herrera</i>   |    |

## II. Legado en los estudios agrarios

|   |    |
|---|----|
| La cuestión agraria en el pensamiento de Fernando Velasco . . . . .                                     | 55 |
| <i>Manuel Chiriboga Vega</i>  |    |
| Crítica a la modernización capitalista y horizonte<br>de autonomía en el movimiento campesino . . . . . | 65 |
| <i>Francisco Hidalgo Flor</i>   |    |
| El pensamiento de Fernando Velasco Abad y las nuevas<br>cuestiones agrarias . . . . .                   | 75 |
| <i>Francisco Rhon Dávila</i>  |    |

## III. Legado político y organizativo

|  |     |
|--|-----|
| Fernando, el Conejo Velasco y su actualidad política . . . . .   | 85  |
| <i>Alberto Acosta</i>  |     |
| El pensamiento político de América Latina en los setenta:<br>sus rupturas y perspectivas en el siglo XXI . . . . .             | 95  |
| <i>Francisco Muñoz Jaramillo</i>   |     |
| Marxismo, socialismo y teología de la liberación en la<br>década de los setenta en Ecuador . . . . .                           | 109 |
| <i>Hernán Rodas</i>  |     |
| El legado político del Conejo y la(s) izquierda(s) en el Ecuador<br>y el mundo de los setenta. Un ensayo testimonial . . . . . | 119 |
| <i>Máximo Ponce</i>  |     |
| Fernando Velasco . . . . .   | 127 |
| <i>Fander Falconí</i>  |     |
| El Conejo Velasco y la lucha de los trabajadores en<br>la década de 1970 . . . . .   | 131 |
| <i>José Chávez</i>   |     |
| El Conejo en la memoria de las organizaciones campesinas. . . . .  | 137 |
| <i>Pedro Vásquez</i>   |     |

#### IV. Hacia una lectura crítica de los proyectos de izquierda en la década de 1970

|   |     |
|---|-----|
| Apuntes para una crítica feminista de la izquierda (de los setenta) . . . . .                           | 145 |
| <i>Silvia Vega Ugalde</i>   |     |
| En torno a los fantasmas de la izquierda radical ecuatoriana del setenta . . . . .                      | 163 |
| <i>Hernán Ibarra</i>  |     |
| Visión crítica sobre los aportes en torno a la problemática indígena de Fernando Velasco Abad . . . . . | 177 |
| <i>Luis Maldonado Ruiz</i>  |     |

#### V. Los setentas dentro de nuevas agendas de investigación en el contexto regional y nacional contemporáneo

|  |     |
|--|-----|
| Las pendientes de los años setenta: cuestiones y reflexiones para una agenda de investigación . . . . .        | 195 |
| <i>Massimo Modonesi</i>  |     |
| Crítica y política en la sociología radical de los años setenta. Un homenaje a Fernando Velasco Abad . . . . . | 207 |
| <i>Valeria Coronel</i>   |     |
| <b>Sobre los autores</b> . . . . .   | 227 |

IV. Hacia una lectura crítica de los proyectos de izquierda en la década de 1970



# Apuntes para una crítica feminista de la izquierda (de los setenta)

Silvia Vega Ugalde

Cuando estudiaba mis primeros años en la Universidad en Cuenca, allá por 1977, un grupo de compañeros y compañeras interesados en la política recibimos la noticia de que nos visitaría Fernando Velasco, quien ya venía rodeado de cierta aureola de reconocimiento como un intelectual y político prestante. Lo que realmente nos sorprendió –y a mí se me quedó grabado como primera impresión al conocerlo– fue su afabilidad, su sencillez y, claro, ciertamente su elocuencia verbal que, basándose en ideas profundas y bien sustentadas, no dejaba de ser comprensible y accesible. A partir de ese encuentro pasamos a integrar las filas del Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT) en el Azuay, organización a la que permanecí vinculada por algunos años.

Por el respeto que desde entonces guardo por la personalidad política, académica y humana de Fernando Velasco acepté participar en los debates en torno a su memoria. Además, esto me da la oportunidad de plantear un tema que tiene mucha actualidad y pertinencia. Lo que presento a continuación son algunas reflexiones basadas en mi experiencia personal, pero también en la de muchas mujeres militantes de izquierda en los setenta y ochenta quienes fuimos promotoras y fundadoras de organizaciones de mujeres y dimos forma a ese pujante feminismo de la segunda ola –que en esos años en Ecuador fue todavía balbuceante, pero no por ello menos apasionado y activo–<sup>1</sup>. El hecho de que la mayoría de mujeres militantes

---

1 Usualmente se habla de “feminismo de la segunda ola” para referirse a las corrientes que surgieron en el mundo a partir de los años sesenta del siglo pasado. Con ello se reconoce que hubo feministas pioneras desde fechas tempranas de nuestra historia ecuatoriana y mundial.

tuvieran que emigrar de los partidos políticos de izquierda para abrazar el feminismo e impulsar la construcción del movimiento de mujeres fue un fenómeno no sólo ecuatoriano sino latinoamericano y mundial.<sup>2</sup> Yo viví esta experiencia inicialmente desde Cuenca. Debido a que cuando ocurría este proceso no existían las conexiones de comunicación de las que disponemos ahora, a la hora de elaborar este trabajo temí que mi visión pudiera ser incompleta. Por eso decidí entrevistar a algunas mujeres que vivieron su experiencia desde Quito y Guayaquil. Esto me permitió nutrirme de la riqueza de opiniones y vivencias de algunas amigas como Carmen Gantogena y María Arboleda, militantes del MRT, Dolores Padilla y Rocío Rosero, militantes del Partido Comunista Marxista Leninista (PCMLE), y de Cecilia Torres, quien no fue militante formal de la izquierda pero sí una de las líderes feministas principales en Guayaquil.<sup>3</sup> Muchas de las ideas de todas ellas están presentes en estas líneas.

La hipótesis, quizás un poco provocadora, que quisiera proponer para debate es que la izquierda de los años setenta no logró, no fue capaz de asumir la lucha de las mujeres por su liberación como género dentro del programa de transformación revolucionaria de la sociedad. Esto se debió a dos factores fundamentales: los límites del marxismo tradicional como teoría para explicar y proponer alternativas a la opresión de las mujeres y, de otro lado, el divorcio radical entre la vida cotidiana y la vida política que se vivía en los partidos de izquierda. Podría mencionar otros factores que contribuyeron a que el movimiento de mujeres se desarrollara paralelamente y a veces en confrontación con los partidos: entre otros, el cambio de condiciones materiales de la sociedad que hizo aparecer nuevos grupos y movimientos sociales, como el movimiento de derechos humanos, en los que participaron muchas mujeres generando nuevas sensibilidades; o la coyuntura internacional que colocó el tema de las mujeres como preocupación incipiente de los Estados. No obstante, en este espacio me limitaré a desarrollar las que considero son las dos causas principales.

---

2 Una apretada síntesis de este proceso en los países del norte se puede encontrar en Ana de Miguel (2010).

3 Lamento que militantes del Movimiento de Izquierda Cristiana no me concedieran la oportunidad de entrevistarlas en esta oportunidad.



## Los límites del marxismo

Hay dos aproximaciones clásicas del marxismo para explicar la opresión de las mujeres. La una forma parte de la teoría del valor de Marx. De acuerdo a esta teoría, los capitalistas, dueños de los medios de producción, pagan salarios que permiten la reproducción de la fuerza de trabajo de los obreros y no la totalidad de su trabajo, quedándose con una parte que constituye la plusvalía. Los medios de subsistencia con los que se recupera la fuerza de trabajo son consumidos en el seno de las familias individuales y allí aparece la funcionalidad del trabajo doméstico –generalmente realizado por las mujeres–. Al ser gratuito, este tipo de trabajo abarata los salarios y contribuye a la reproducción del capital y al aumento de la plusvalía del capitalista. De esta forma, Marx señala que el trabajo doméstico está plenamente articulado a la opresión del proletariado, pero no se detiene en analizar cómo y en qué condiciones se realiza ese trabajo doméstico, pues su interés se concentra en las formas de explotación de los trabajadores en el ámbito fabril.

La otra entrada la ofrece Engels, quien en su célebre libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* explica que, históricamente, la familia monogámica que conocemos en la modernidad surgió a la par de la propiedad privada como una necesidad para precautelar la herencia. La anterior línea matrilineal se cambió por la línea patrilineal para hacer posible la herencia.<sup>4</sup> En el prefacio a la primera edición de su libro Engels sostiene:

Según la teoría materialista, el factor decisivo en la historia es, en fin de cuentas, la producción y la reproducción de la vida inmediata. Pero esta producción y reproducción son de dos clases. De una parte, la producción de medios de existencia, de productos alimenticios, de ropa, de vivienda y de los instrumentos que para producir todo eso se necesitan; de otra parte, la producción del hombre mismo, la continuación de la especie. El orden social en que viven los hombres en una época o en un país dados, está condicionado por esas dos especies de producción: por el grado de desarrollo del trabajo, de una parte, y de la familia, de la otra (Engels, 1884: 472).

---

4 Un año antes a la aparición de este texto de Engels, se publicó *La mujer y el socialismo*, libro escrito por Augusto Bebel en 1883, donde se sostenían similares argumentos a los expuestos por Engels.

El marxismo se ocupó principalmente del análisis del primer ámbito y no analizó aquel otro donde se produce principalmente la opresión de las mujeres.

Los primeros textos de Marx y Engels tocaron en ocasiones el tema de la opresión de las mujeres, pero según varias autoras que los han estudiado a profundidad, lo hicieron de forma imprecisa y ni de lejos con la rigurosidad con que analizaron el funcionamiento del capital y de las relaciones de producción. Sin embargo, en *La sagrada familia*, Engels llegó a hacer suya aquella frase del socialista utópico Fourier: “el grado de la emancipación femenina constituye la pauta natural de la emancipación general” (citado por Haug, 2006: 329).

La explicación marxista sobre la opresión de las mujeres a través de estas dos entradas fue importante porque superaba visiones naturalistas, o bien, porque planteaba una base material para entender la funcionalidad de esta opresión dentro del modo de producción capitalista. Sin embargo, indudablemente, no fue suficiente. Al mostrar que la división sexual del trabajo servía a la reproducción del capital, la consecuencia política de ese análisis ataba la lucha de liberación de las mujeres a la lucha clasista de liberación del proletariado.<sup>5</sup> (Podría suprimirse la cita 5 por no tener fecha del artículo) Se asumía que la liberación de la mujer requeriría, por un lado, de una incorporación masiva a la producción que la saque del encierro doméstico, y por otro, de la socialización absoluta de las tareas de la reproducción, lo que tenía como presupuesto la producción industrial a gran escala de los servicios que se prestan en los hogares a nivel particular –cuestión que no ha ocurrido en muchos países, especialmente en los del sur–.

A principios de la década de 1980 se publicó un libro clave: *Mujeres y revolución: una discusión sobre el infeliz matrimonio entre el marxismo y el feminismo* editado por Lydia Sargent (1981). En ese volumen se recogían diversos artículos de feministas marxistas, especialmente de países del norte, quienes criticaban los límites del marxismo para captar adecuadamente los fundamentos de la opresión de las mujeres y proponían diversos ca-

---

5 Sin embargo, no se debe dejar de considerar que en algunos pasajes de *El capital* Marx denunciaba las terribles condiciones de explotación de las mujeres y niños en las fábricas y que reconocía que esa participación sentaba nuevas bases para la relación entre los sexos (citado por Toledo, 2006).

minos para superar esos límites. El núcleo del cuestionamiento era que el marxismo subordina la lucha de liberación de las mujeres a la lucha clasista por el socialismo, entendiendo siempre aquello que no sea clasista como una “contradicción secundaria” y por lo tanto relegada a un segundo orden. En el libro, además, se discutía si el trabajo doméstico servía al sistema y a los hombres, o sólo al sistema y, por ende, si la lucha de las mujeres debía dirigirse sólo contra el capitalismo o también contra los privilegios masculinos; si los conceptos de propiedad sobre los medios de producción y de clase social resultan tan importantes como el concepto de división sexual del trabajo y, en consecuencia, si las luchas de las mujeres debían enfocarse principalmente al cambio de esta división sexual del trabajo; por último, si el patriarcado y el capitalismo eran dos sistemas superpuestos o imbricados.

Otras autoras abogaban por un marxismo que integre centralmente un enfoque cultural que permita captar diversas opresiones más allá de las de clase. Aún otras planteaban la necesidad de ampliar el espectro disciplinario para explicar la opresión de género desde sus connotaciones psicológicas o desde las relaciones jerárquicas de poder que éstas expresan. En todo caso, lo que sobresalía en este debate era la constatación de un infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo, sea porque se requerían luchas específicas y diferenciadas de las mujeres respecto de las luchas clasistas para enfrentar su opresión, o porque al imbricar ambas luchas se terminaban subordinando las de las mujeres como menos importantes. Parecía entonces que se llegaba a un callejón sin salida dentro del marxismo.

## **Resonancias e intuiciones en Ecuador**

Ciertamente este debate llegó mucho más tarde a América Latina y al Ecuador. Pero algunas mujeres ecuatorianas militantes de izquierda, a partir de ciertas influencias teóricas y sobre la base de una gran intuición, empezaron a plantear inquietudes en sus partidos respecto de su autoorganización como mujeres para impulsar demandas específicas y la necesidad de que los partidos prestaran atención a este tema. Algunos hechos podrían dar luces sobre

por qué algunas rebeldes levantaron estos planteamientos. Por un lado, las mujeres habían empezado a ir a la universidad. En Quito y Cuenca, las Escuelas de Sociología eran espacios de lectura y aprendizaje –de marxismo fundamentalmente–, lo que les permitió formarse y adquirir capacidades para confrontar a los líderes hombres de los partidos que asentaban su liderazgo en base del manejo de cierto conocimiento no tan generalizado entre las bases de los partidos. Asimismo, algunas mujeres de clase media tuvieron la oportunidad de realizar estudios en Europa y Estados Unidos durante los años posteriores a mayo del 68. En ese marco, conocieron figuras, textos y movimientos feministas que les infundieron nuevas ideas.

Las mujeres en los setenta eran un contingente nada despreciable de militancia de la izquierda. Carmen Gangotena y María Arboleda estiman, por ejemplo, que en el MRT había alrededor de un 40% de mujeres. Una influencia importante en los imaginarios de esos años eran las numerosas líderes guerrilleras sandinistas, varias de ellas dirigentas del movimiento insurreccional y de los primeros años de gobierno sandinista. Ellas eran luchadoras sociales que también planteaban a la revolución reivindicaciones como mujeres.

Como militantes del PCMLE, Dolores Padilla y Rocío Rosero tuvieron que sustentar teórica y políticamente las razones para trabajar con mujeres y a partir de estructuras de mujeres. Elaboraron un documento que fue analizado y discutido por los dirigentes hombres de ese partido, quienes les dieron luz verde para hacer su trabajo. Ellas formaron las brigadas femeninas universitarias y desde ese espacio comenzaron a hacer talleres y organizar a mujeres en los barrios. Esa fue, digamos, la gota que derramó el vaso y dio lugar a que fueran expulsadas del partido por haber cometido una grave indisciplina, a criterio de la cúpula dirigente masculina.

El grupo “Manuelas” fue un intento de Carmen Gangotena y otras militantes del MRT, que se formó poco antes de la escisión y que no fue aceptado dentro del Movimiento. Luego esta iniciativa intentó sobrevivir fuera, como un espacio de articulación de mujeres de izquierda interesadas en empujar luchas desde las mujeres, pero no duró mucho tiempo más.

Otro espacio que recuerdan mis entrevistadas es el Comité de Solidaridad con los Conflictos Laborales –que ciertamente fueron muchos en los

años setenta—. Este comité les permitió a estas mujeres vivir una experiencia unitaria sin precedentes en el marco del sectarismo de esos años. Pero además el trabajo en este comité les abrió el contacto con las realidades de las mujeres obreras que estaban en huelga o de las esposas de los obreros en huelga que tenían que hacerse cargo por largos meses de sus casas y enfrentar la situación de sus compañeros.

En la década de 1980 ocurrió una reconfiguración de las organizaciones de mujeres. Unas pocas optaron por el feminismo y crearon el Centro de Información y Apoyo a la Mujer (CIAM) en Quito, el Centro de Acción de la Mujer (CAM) en Guayaquil y el grupo feminista Caracola en Cuenca, fundados en 1981 el primero y en 1982 los segundos (Romo Leroux, 1997; y entrevista Rodas, 2014). Otras mujeres se cuidaron de aparecer como feministas y reivindicaron más bien su carácter “político”. Desde estos sectores surgieron el Centro Ecuatoriano de Promoción y Acción de la Mujer (CEPAM), creado en 1983 en Quito y luego en Guayaquil, con una fuerte influencia de mujeres del Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana, y el Frente Amplio de Mujeres del Azuay, creado en 1976, como una coalición de mujeres de algunos partidos políticos de izquierda y de mujeres no militantes. En esta línea también aparecieron en 1978 las secretarías femeninas en la Ecuarrunari y en la Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas (CEDOC) —denominada, esta última, Unión de Mujeres Trabajadoras (UMT)—, y en 1979 el Departamento de la Mujer Trabajadora de la Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE) (Romo Leroux, 1997). Unas y otras tuvieron su vertiente en los partidos y movimientos de izquierda que actuaban en los setenta.

La bifurcación del movimiento de mujeres en los ochenta entre las feministas radicales y las mujeres “políticas” no sólo se expresó en organizaciones sino en eventos. Unas y otras apuntaban a construirse con una base de mujeres de sectores populares. En esta línea, se organizaron encuentros de organizaciones populares de mujeres promovidos sobre todo por el CEPAM<sup>6</sup> y también encuentros feministas organizados por el CAM y el

---

6 En torno a estos encuentros realizados en 1983 en Riobamba y en 1985 en Guayaquil, Lizi Ernst comenta que “si bien buscaban poner sobre el tapete de la discusión la problemática específica de la mujer, estuvieron marcados claramente por una posición clasista y popular” (Ernst, s/f: 2).

CIAM<sup>7</sup>. Por otro lado, varias mujeres ecuatorianas asistían a los encuentros feministas –a secas– a nivel latinoamericano que comenzaron a realizarse desde 1983 con una frecuencia anual o bianual y también asistían a los encuentros de feminismo popular latinoamericano, que se organizaron por primera vez en México en 1986 y luego en otros países, incluyendo uno que tuvo lugar en Quito (Gangotena, 2013). La tensión entre el feminismo popular clasista y el feminismo a secas sin duda nutrió al movimiento de mujeres en los ochenta.

Pero existían además otras organizaciones no vinculadas con la izquierda: la Unión de Mujeres del Ecuador, formada desde los sesenta, el CECIM formado en 1974 como capítulo ecuatoriano de la Comisión Interamericana de Mujeres, el Frente de Promoción de la Mujer, impulsado en 1976, entre otras (Romo Leroux, 1997). También se formaron organizaciones profesionales de mujeres como la Asociación Jurídica Femenina de Guayaquil, que empujó varias de las primeras reformas legales para eliminar la discriminación legal de las mujeres, o la organización de maestras que luchó por lograr espacios de visibilización y representación dentro de la Unión Nacional de Educadores.<sup>8</sup> Fue en este contexto que se inauguró entonces la presencia organizada de las mujeres en la vida nacional.<sup>9</sup>

---

7 Estos encuentros se realizaron en Ballenita en 1986 y en 1987 y en Jambelí en 1988. Contaron con la presencia de feministas latinoamericanas reconocidas (CAM, CIAM, s/f).

8 Las luchas de las maestras han quedado recogidas en dos libros de Raquel Rodas (2000 y 2005).

9 Bajo el impulso de Marta Bucaram de Roldós se puso en funcionamiento la Oficina de la Mujer en 1980, se aprobó el plan quinquenal de acción para la integración de la mujer en el desarrollo económico y social del Ecuador, y se organizaron eventos nacionales e internacionales de discusión sobre la problemática de las mujeres. Magdalena Adoum inauguró la publicación *Nueva Mujer* en 1980, como parte del proyecto editorial de la *Revista Nueva*. Se plantearon reformas legales y se ratificó en 1981 la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW por sus siglas en inglés), que había sido aprobada por Naciones Unidas en 1979. En 1984 convergieron en “Mujeres por la democracia” un conjunto de mujeres de Quito interesadas en una participación política más dinámica (Romo Leroux, 1997).

## Un paréntesis retrospectivo

La oposición que las mujeres militantes de izquierda enfrentaron dentro de sus partidos para organizarse como mujeres en los setenta, contrasta un poco con experiencias anteriores de organización como la Alianza Femenina Ecuatoriana (AFE), en los tiempos de la revolución del 28 de mayo de 1944, o la Unión Revolucionaria de Mujeres Ecuatorianas (URME) en los años sesenta. Habría que investigar si esas organizaciones fueron o no apoyadas por los partidos, o si acaso las apoyaron porque levantaban una plataforma democrática general más que una referida a reivindicaciones desde las mujeres propiamente.

Hace unos años tuve oportunidad de hacer un estudio introductorio a una antología de escritos de Laura Almeida (Vega, 2007). Laura fue la primera y única dirigente de un partido de izquierda a fines de los años sesenta e inicios de los setenta: fue Secretaria General del Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (PSRE). Después de ella ninguna mujer dirigió ningún partido, ni de izquierda ni de derecha, hasta muchos años después. En una biografía que escribió sobre Luisa Gómez De la Torre, Laura se refiere varias veces a la importancia y la necesidad de la organización de las mujeres, pero mientras dirigió el PSRE no la impulsó como prioritaria.<sup>10</sup> Era la época en que el PSRE planteaba la lucha insurreccional y sus intentos de estructurarla seguramente consumieron la mayor parte de sus energías. Destaco, sin embargo, que Laura produjo una larga biografía de Luisa Gómez de la Torre, una militante comunista, pese a las diferencias ideológicas que separaban a los dos partidos. Ellas fueron entrañables amigas y su amistad se situó por encima del sectarismo que carcomía las relaciones humanas y también las políticas dentro de la izquierda. Ambas compartieron luchas, persecuciones y solidaridades.<sup>11</sup> En su estudio bio-

---

10 Laura Almeida llegó a impulsar un encuentro de mujeres socialistas para discutir la problemática de las mujeres, pero no se pasó de esta primera iniciativa.

11 En el primer párrafo de la biografía en cuestión se lee: “No sé cuándo fue, no podría precisarlo; pero es como si la hubiese conocido toda mi vida. Ha sido tan sutil, tan imperceptible su penetración en mi alma, en mi vida misma, que he sentido su presencia permanente en mi conducta de mujer y de revolucionaria. Ella es así, llega como la luz, como el aire, como algo que nos es indispensable para seguir viviendo, y que, sin embargo, no lo notamos sino cuando nos falta” (Almeida, 2007: 27).

gráfico, Laura destaca de Luisa “su discreta presencia en todos los actos del pueblo que contrasta con la aparatosa y estridente de los revolucionarios de último cuño, cuya aparición tiene el movimiento de la marea: cuando ésta sube, ellos están en la cúspide más visible, cuando baja, desaparecen en lo más hondo del mar” (Almeida, 2007: 27).<sup>12</sup>

## **Volviendo a los setenta y ochenta**

Volviendo a fines de los años setenta y esta vez, en particular, a mi propia experiencia, recuerdo que cuando se produjo la escisión del MRT luego de la muerte de Fernando Velasco entre un ala trotskista, liderada desde Guayaquil por el amigo Máximo Ponce, y la llamada “regional norte”, algunas mujeres optamos por adscribirnos a la primera, justamente porque el trotskismo asumía a la liberación de las mujeres como parte de su programa revolucionario.

En 1979 la Cuarta Internacional aprobó un documento titulado “La revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer” donde se analizaban las manifestaciones de la opresión de las mujeres en los países imperialistas, en los semicoloniales y coloniales y en los llamados “Estados obreros”. Se explicaban ahí los orígenes de esta opresión en los mismos términos que los clásicos marxistas y se declaraba que la liberación de las mujeres era parte sustancial del programa de la revolución socialista (Cuarta Internacional, 1979). Lo que resultaba novedoso, a la luz del contexto que se vivía en los setenta, era que el documento apoyaba la existencia y desarrollo de movimientos autónomos de mujeres que lucharan por sus reivindicaciones específicas y que no los concebía como subordinados a los partidos. Expresamente en el documento se señalaba:

Queremos decir que el movimiento está organizado y dirigido por mujeres; que toma la lucha por los derechos y necesidades de las mujeres como su primera prioridad, negándose a subordinar esta lucha a cualquier otro interés; que no está subordinado a las decisiones o las necesidades políti-

---

12 Para profundizar en el conocimiento sobre estas dos mujeres, ver Rodas (1992).



cas de cualquier tendencia política o de cualquier otro grupo social, que quiere realizar la lucha por los medios que sea, y junto con las fuerzas que demuestren ser necesarias (Cuarta Internacional, 1979: 53).

Los trotskistas, además, proponían y acogían reivindicaciones muy concretas del feminismo radical en el ámbito económico, social, sexual y legal. Este enfoque estaba en consonancia con la crítica que siempre hizo Trotski a la desviación estalinista que se produjo en la URSS luego de la muerte de Lenin, que en el ámbito de las relaciones de género significó un retroceso en los avances que inicialmente había alcanzado la Revolución Rusa, en la que se socializaron muchos servicios públicos para aliviar el trabajo doméstico de las mujeres, se legalizó el aborto, se promovió la inserción de las mujeres en áreas no tradicionales del empleo, entre otras medidas. El estalinismo, por su parte, promovió un reforzamiento de la familia patriarcal y un conjunto de valores conservadores en la sociedad que Trotski criticó en varios de sus escritos.

Yo había llegado a Quito en 1984 y traía conmigo la experiencia de participación en el Frente Amplio de Mujeres del Azuay. En Quito decidimos constituir un espacio de trabajo de mujeres y con las mujeres: el grupo Tomasa Garcés, del que fueron parte compañeras como Mónica León y Pilar Ortiz, quienes también militaban en el ala trotskista del MRT. El grupo trabajó sobre todo con mujeres obreras y pobladoras en temas vinculados, por ejemplo, con la obligatoriedad de construir guarderías en las fábricas y también en torno a la participación política de las mujeres.

Que yo recuerde, por esas épocas ningún partido de izquierda estaba comprometido con las demandas de las mujeres que fueran más allá de las vinculadas a la lucha clasista de los trabajadores. Los ámbitos de la vida privada no eran objeto de cuestionamiento crítico de la izquierda. Sí debo mencionar aquí, sin embargo, un texto de Manuel Agustín Aguirre, dirigente y fundador del Partido Socialista Revolucionario, escrito en 1981 y titulado “El trabajo doméstico y la doble explotación de las mujeres en el capitalismo”. Aguirre sustenta en ese texto con mucha solvencia la explicación marxista de la opresión de las mujeres a la que me refería antes, explicando la función que cumple el trabajo doméstico para la repro-

ducción del capitalismo y el carácter conservador de la familia. Tiene frases tan fuertes como la siguiente:

la confiscación del trabajo de la mujer a través del matrimonio monogámico permite que el capitalista, no sólo explote al marido, en la esfera social, sino también a la esposa en la esfera privada, a través del hombre que actúa como una especie de capataz. Aquí el hombre es el burgués y la mujer la proletaria (Aguirre, 2009: 563).

Este análisis de Aguirre es quizás lo más avanzado que un hombre de izquierda produjo en los años ochenta sobre la opresión de las mujeres. Aguirre combatía los argumentos naturalistas que derivaban los roles domésticos de las mujeres de su biología; reconocía que Marx y Engels trataron muy superficialmente esta problemática; era categórico en señalar el mutuo beneficio que obtenían del trabajo doméstico tanto el capital como los hombres; y expresaba su apoyo a la propuesta feminista de calcular el aporte del trabajo doméstico al PIB —cuestión que ahora la reivindica fuertemente la economía feminista y que en 1981 resultaba realmente una formulación pionera—.

Sin embargo, en el mismo texto Aguirre hace una alusión simplista y caricaturesca del feminismo, presentándolo como la otra cara del machismo, alertando a las mujeres trabajadoras a no dejarse influenciar por esta doctrina. Planteaba que la lucha de las mujeres debía ser por la revolución socialista, aduciendo que la conciencia de su doble opresión haría doblemente revolucionarias a las mujeres.

### **El divorcio entre la vida cotidiana y la vida política en los partidos de izquierda**

El divorcio entre la vida cotidiana y la vida política en los partidos de izquierda es, como se recordará, el segundo punto de mi hipótesis para explicar la incapacidad de estas organizaciones para entender y comprometerse con la lucha por la liberación de las mujeres. Esto remite a la nula atención que se prestaba (¿se presta?) al tipo de relaciones interpersonales

entre los y las militantes, al cuestionamiento de prácticas discriminatorias y jerárquicas dentro de los partidos y a la posibilidad de construcción de nuevas subjetividades, de nuevas sensibilidades humanas, de nuevas prácticas cotidianas.

Como estos no eran temas de discusión y no estaban sujetos a cuestionamiento, en los partidos (de izquierda y derecha indistintamente) se reproducían diferentes tipos de ‘prácticas de domesticidad’<sup>13</sup>: las personas y grupos con menos poder, entre ellos las mujeres, cumplían ciertos roles de menor valor que aquellos asignados a militantes que pretendidamente sabían más, hablaban mejor y manejaban las estructuras organizativas. Las mujeres generalmente llevaban la peor parte, se sentían ridiculizadas y su voz no pesaba igual que la de los líderes hombres.

Un segundo elemento era la “conquista sexual” como instrumento para lograr y mantener la adhesión política de las mujeres. Algunas de mis entrevistadas me hablaron de frases escuchadas por ellas y que repito pese a lo grotescas que resultan. Algunos compañeros llegaban a decir: “ya que a las mujeres les entra la conciencia política por la vagina, necesitamos un voluntario que le pise a *x* compañera”...

Un tercer aspecto que pesaba, que estaba allí y nadie lo cuestionaba, era la división sexual del trabajo reflejado en las prácticas militantes de las estructuras políticas que funcionaban con ritmos y horarios, con hábitos y hasta chistes, que no facilitaban la participación real de las mujeres en igualdad de condiciones. Los dirigentes hombres podían dedicarse las veinticuatro horas del día a la revolución, pero las mujeres participaban intermitentemente pues sus ciclos de militancia estaban vinculados con sus ciclos humanos de la vida cotidiana: el nacimiento y crianza de los hijos e hijas principalmente. La maternidad les aislaba por tiempos de la militancia y no podían tener la misma intensidad de participación que los hombres, porque ni de lejos se pensaba que el quehacer doméstico y el cuidado de los hijos correspondían a la pareja de revolucionarios.

Estos temas, por lo demás, se los resolvía individualmente. No se pensaba que podían merecer ni siquiera medidas parciales del partido, como

---

13 Concepto utilizado por María Arboleda (entrevista 2013).

programar las reuniones en horarios que sean más apropiados para las mujeres u organizar espacios de cuidado de los niños y niñas pequeñas cuando se realizaran talleres, conferencias y eventos que demandaran la participación masiva de la militancia. En otros casos, especialmente en los partidos clandestinos, con estructuras compartimentalizadas y mucho más verticales, según cuentan sus militantes de entonces, se vivía una realidad distinta pero igualmente agobiante: el partido lo dominaba todo, al punto que la casa, la relación de pareja y las decisiones laborales se veían invadidas por las directrices que tomaba el partido. La división sexual del trabajo también regía la vida y actividades partidarias y mientras unos se dedicaban a las definiciones estratégicas en interminables reuniones, otros, y especialmente otras, tenían que mecanografiar los manifiestos, pintar las pancartas, servir café y lavar las tazas...

Finalmente, primaba un sentido descarnado de heroicidad. Todos y todas éramos muy jóvenes en ese entonces, teníamos que terminar estudios, muchos y muchas trabajaban. Con familias recién formadas había también que atender las casas. Pero se planteaba un modelo de militante con un compromiso tan absoluto que suponía jornadas extenuantes, donde se dormía tres horas, no se atendía la salud y entonces a las mujeres, con todas las responsabilidades humanas adicionales añadidas, nos quedaba la sensación de desazón por no poder cumplir siempre con esos parámetros de exigencia y merecer directas o veladas críticas de los compañeros.

## Recapitulando

Lo que se gestó en la década de 1970 y eclosionó en la de 1980 y en las décadas siguientes es justamente la diversificación de problemáticas sociales que se resistían a ser explicadas desde un solo ángulo: lo étnico, el género, la diversidad sexual. Como se señala en una interesante y preciosa publicación de Ana María Goetschel y otras autoras sobre las imágenes públicas de las mujeres ecuatorianas de comienzos y fines del siglo XX: “la nueva subjetividad (de los años 80) se configura en torno a la autonomía, la politización de lo privado, la sexualidad y el cuerpo” (Goetschel, 2007: 21).

Para dar respuestas a estas nuevas preocupaciones no bastaba el marxismo, se requerían también otras líneas de pensamiento y acción. Pretender explicar toda la realidad de las mujeres desde la óptica de clase y suponer que una visión de totalidad omnicomprensiva desde las contradicciones de clase puede dar cuenta de la complejidad social en general y de las relaciones de género en particular, fue (¿sigue siendo?) el límite del marxismo.

Las feministas echaron mano del psicoanálisis, de la deconstrucción del lenguaje, de la crítica cultural, de las teorías que cuestionaban el micro poder tanto como el poder de las estructuras sociales. Los feminismos se diversificaron y enriquecieron en los ochenta con reflexiones cada vez más complejas sobre las múltiples variables que intervienen en las identidades de las mujeres. Apareció el feminismo lésbico, el afro, el decolonial y se fueron tejiendo propuestas de liberación mucho más intrincadas. Estas visiones han ido llegando lentamente al Ecuador, a través de dificultosas búsquedas de las feministas y, más tarde, a través de los estudios de género que se abrieron en algunos espacios académicos. La vía principal a través de la que estos debates han sido conocidos en nuestro medio ha sido la introducción del “género en el desarrollo” que, asumido parcialmente en el Estado y en las ONG, ha supuesto una “tecnologización” del tema que lo ha vaciado en gran medida de su sentido subversivo.

Si entre las mujeres feministas el aprendizaje ha sido y sigue siendo lento y dificultoso, mucho más difícil ha sido en los partidos de izquierda, cuyos cuadros, por lo general, no se han interesado en conocer el nuevo pensamiento crítico y siguen aferrados a la idea de que con el marxismo clásico basta y sobra. A los partidos de izquierda les reconocemos haber sido la cuna donde muchas mujeres luchadoras de los setenta, ochenta y años subsiguientes nos formamos y adquirimos conciencia social y política. Si en el llamado Primer Mundo la nueva izquierda abrigó a pensadoras y líderes que ayudaron a configurar el feminismo occidental, en América Latina los partidos de izquierda más tradicionales y los nuevos movimientos que surgieron en los setenta, también cobijaron inicialmente a la mayoría de mujeres que luego conformaron las dos grandes vertientes del movimiento de mujeres en el continente y en el país en los años ochenta: el de las feministas (a secas) y el de las feministas políticas; unas y otras con

el interés de crear grupos enraizados en y nutridos por mujeres de sectores sociales populares.<sup>14</sup>

Pero lamentablemente esa cuna se anquilosó no sólo en su pensamiento sino en sus prácticas. La nueva subjetividad colectiva que fue surgiendo en los grupos de mujeres chocaba con la doble moral de los militantes: muy revolucionarios en la vida política y muy conservadores en su vida privada; muy radicales en la política pública y muy machos en sus casas y en sus relaciones humanas. No en vano, los lemas de las feministas de los ochenta eran –y siguen siendo– “lo personal es político” y “lucha por la democracia en el país, en la casa y en la cama”.

Adentrados ya en la segunda década del siglo XXI, estos mismos temas siguen planteados. Algunas mujeres apuestan por transformar los partidos y movimientos políticos desde dentro; otras nos sentimos más convocadas a la siempre ardua tarea de mantener vivo un movimiento de mujeres que ha crecido y se ha diversificado mucho más. Sectores de la izquierda política hablan de que hoy la izquierda debe ser feminista, pero ciertamente no ha habido un esfuerzo serio por conocer, entender y dialogar sobre la agenda feminista. Ojalá los nuevos intentos de construir organización política y de seguir soñando con la utopía socialista no repitan los errores del pasado. Ojalá las nuevas generaciones de feministas e izquierdistas no se tengan que tropezar con las mismas piedras en el camino.

## Bibliografía

- Aguirre, Manuel Agustín (2009 [1981]). “El trabajo doméstico y la doble explotación de la mujer en el capitalismo” en *Pensamiento político y social*. Quito, Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional.
- Almeida, Laura (2007). “Luisa Gómez de la Torre” en *Laura Almeida. Antología*. Quito, Ediciones La Tierra.
- Centro de Información y Apoyo a la Mujer (CIAM) y Centro de Acción de la Mujer (CAM) (s/f). *Tomando fuerzas para volar con fibra. Memorias*

---

14 Todavía tenemos pendiente la tarea de escribir la historia de este rico y complejo feminismo de los ochenta en el Ecuador.

- del primer y del segundo encuentro-taller de teoría feminista*. Ballenita-Ecuador 1986-1987. Colombia, Editorial Carvajal.
- Cuarta Internacional (1979). “La revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer”. Resolución adoptada por el Congreso Mundial, noviembre 1979. En [http://archive.4edu.info/Youth\\_2007/CSY\\_5.1\\_FI\\_Women\\_1979.htm](http://archive.4edu.info/Youth_2007/CSY_5.1_FI_Women_1979.htm) Última visita realizada el 12 noviembre 2013.
- De Miguel, Ana (2010). “Neofeminismo: los años sesenta y setenta”. En *Los feminismos a través de la historia*. <http://www.mujiresenred.net/historia-feminismo3.html> Última visita realizada el 15 de noviembre 2013.
- Engels, Federico ([1884]). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. En Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*. Moscú: Editorial Progreso.
- Ernst, Lizy (s/f). “Una visión crítica de Acción por el Movimiento de Mujeres”. Documento inédito.
- Goetschel, Ana María et al. (2007). *De memorias: Imágenes públicas de las mujeres ecuatorianas de comienzos y fines del siglo XX*. Quito, Flacso, Fonsal.
- Haug, Frigga (2006). “Hacia una teoría de las relaciones de género”. En Atilio Borón (compilador) (2006). *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires, CLACSO, págs. 327-339.
- Rodas, Raquel (2000). *Maestras que dejaron huellas*. Quito, Editorial Trama.
- \_\_\_\_\_ (2005). *Teodosia Robalino*. Quito, Comisión Nacional de Conmemoraciones Cívicas, Ministerio de Relaciones Exteriores.
- \_\_\_\_\_ (1992). *Nosotras que del amor hicimos*. Quito, Editorial Fraga.
- Romo Leroux, Ketty (1997). *El movimiento de mujeres en el Ecuador*. Guayaquil, Universidad de Guayaquil.
- Sargent, Lydia (editora) (1981). *Women and Revolution. A Discussion of the Unhappy Marriage of Marxism and Feminism*. Boston, South End Press.
- Toledo, Cecilia (2006). “El marxismo y el problema de la emancipación de la mujer”. En: <http://www.marxismo.org/?q=node/135> Última visita realizada el 28 de octubre de 2013.
- Vega, Silvia (2007). “Estudio introductorio”. En *Laura Almeida. Antología*. Quito, Ediciones La Tierra.

**Personas entrevistadas:**

María Arboleda (12 de noviembre 2013)

Carmen Gangotena (21 de noviembre 2013)

Dolores Padilla (23 de noviembre 2013)

Rocío Rosero (20 de noviembre 2013)

Cecilia Torres (21 de noviembre 2013)

Raquel Rodas (22 de febrero 2014)